COMO TESTIGOS DE LA TRASCENDENCIA NOS CONVERTIMOS EN CONSTRUCTORES DE PAZ

*Una contribución al diálogo con la Asociación Religiosa de la
Prefectura de Nagasaki*

Cardenal Robert McElroy

7 de agosto de 2025

Al reunirnos para conmemorar el aniversario de la terrible atrocidad del bombardeo de Hiroshima y Nagasaki en estos días, hemos reflexionado profundamente sobre el horror único de las armas atómicas y nucleares, sobre las vidas que han cobrado, destruido y dejado cicatrices, y sobre su amenaza a toda la existencia de la humanidad en este momento de la historia humana. Verdaderamente, en Los Álamos, Estados Unidos creó un destructor de mundos que acecha el núcleo mismo de la familia humana.

Y nuestra reflexión aquí hoy debe comenzar reflexionando sobre estas realidades abrumadoramente demoníacas de la historia que hemos conocido y la crisis actual en la política nuclear que hemos forjado y continuamos intensificando a través de programas de modernización, el crecimiento de los arsenales nucleares y la proliferación de capacidades nucleares en todo el mundo. El testimonio de los Hibakusha y de toda la nación japonesa nos prohíbe cegarnos ante estas amargas realidades y la ominosa comprensión de que, si no cambiamos de rumbo en nuestro viaje nuclear global, una conflagración no solo es posible, sino inevitable. Pero si el peligro de las armas nucleares, tanto en su uso histórico

hace ochenta años como en su amenaza actual para el futuro de nuestro planeta, constituye el telón de fondo de nuestro diálogo interreligioso en este día, es la naturaleza de la fe misma la que proporciona el mandato que precisamente nosotros, como líderes religiosos, podemos aportar de manera convincente para forjar verdaderos lazos de paz en un mundo nuclear.

La Segunda Declaración de la Mesa Redonda de Paz de Tokio del año pasado habló de esta realidad. "Inspirados por la enseñanza divina de nuestras respectivas religiones y creencias, unirnos en nuestra visión multirreligiosa de la paz, y nuestra responsabilidad común de servir como constructores de puentes y pacificadores, y de fomentar la reconciliación y las relaciones positivas.... Afirmamos que todos pertenecemos a una familia humana y tenemos la responsabilidad colectiva de promover la acción para el bienestar compartido y el florecimiento humano. Denunciamos la guerra y la violencia, reconociendo su violación del principio sagrado de defender la santidad de la vida y la dignidad humanas".

Mientras nos reunimos hoy, me sorprende que hay cuatro fundamentos específicos que el diálogo interreligioso y la solidaridad pueden proporcionar para la discusión social más amplia sobre las armas nucleares y la guerra en general:

El primer fundamento de este mandato es hablar inquebrantablemente a lo trascendente como la fuente de toda gracia y belleza que conocemos en nuestro mundo y como el único fundamento inexpugnable de la dignidad de cada persona humana. Gran parte de nuestra cultura global niega la identidad, el poder y la presencia de lo trascendente. Centrado en el mundo material, el énfasis hiperindividualista en la autonomía y las perspectivas miopes y egocéntricas, gran parte de la vida contemporánea niega y degrada la

belleza de lo que va más allá de lo material, lo egoísta, lo popularmente aceptado.

Es precisamente al proporcionar el contrapunto a esta visión estrecha de la humanidad y nuestro universo que nosotros, como personas de fe, conferimos nuestra mayor contribución al mundo en el que vivimos. Comprendemos que es en la trascendencia donde encontramos el verdadero misterio de la vida humana y su riqueza. Reconocemos que es precisamente en la dignidad trascendente de cada persona humana donde nos enfrentamos a una pretensión inviolable sobre cada uno de nosotros. Damos testimonio de la convicción de que las armas nucleares son malas porque contravienen los valores más fundamentales de nuestras identidades sagradas como hombres y mujeres colocados en esta tierra para protegernos y fomentarnos unos a otros, no para destruirlos en la ira y la guerra.

Es en este contexto de lo trascendente que nosotros, en las comunidades de fe, buscamos compartir un vínculo común que debe reflejar una amistad verdadera y duradera. Los momentos en los que nos reunimos para compartir nuestra fe con tanta frecuencia traer intimidad y amistad que nos llaman a todos a reflejar los mejores ángeles de nuestra naturaleza y la naturaleza de la familia humana. Una dimensión crítica de esta amistad es la ayuda social y material que las comunidades religiosas en particular están llamadas a prestar a los sufrimientos del mundo, especialmente en las emergencias humanitarias. Si la trascendencia es la base de nuestros lazos como personas religiosas de diferentes credos, la amistad constituye el tenor de esos lazos y hace posible el viaje hacia una mayor unidad más allá de las divisiones vacías que a veces pueden separarnos.

Un tercer elemento del diálogo interreligioso que puede contribuir a encontrar un camino hacia la paz en nuestro mundo nuclear es el

coraje. Muchas de las divisiones de odio e incomprensión en nuestro mundo prosperan precisamente porque la gente tiene miedo de enfrentarse a ellas y a las estructuras de poder, alianzas y prejuicios que se encuentran detrás de ellas. El camino de la fe para forjar la paz para nuestro mundo es uno que exige profundamente coraje en todo momento: el coraje de alienar a nuestras propias comunidades, el coraje de dejar atrás creencias y relaciones preciosas, el coraje de arriesgarse a equivocarse al buscar una mayor comprensión y construir nuevos vínculos.

Finalmente, el mandato religioso en este peligroso momento nuclear requiere que busquemos y exhibamos una unidad verdaderamente radical en la fe y la acción. Debemos desterrar todos los tribalismos que han generado el odio que hizo posible el desarrollo de la bomba nuclear y luego lo hizo aceptable y, para muchos, necesario y bueno. En el encuentro mundial de líderes religiosos en Asís en 1986, San Juan Pablo II habló de las diferencias de fe que distinguen las identidades de las comunidades religiosas de la familia humana.

Pero señaló inquebrantablemente la identidad común de las personas de fe como constructores de solidaridad, que nunca dejan de desafiar el tribalismo que corroe cada tierra y pueblo. En estos días de recuerdo y renovación, asumamos este desafío para desterrar el tribalismo que niega la identidad común de hombres y mujeres y niños y familias en todas las tierras.

Como líderes religiosos, somos muy conscientes de las amenazas tecnológicas que plantean las armas nucleares. Somos igualmente claros sobre el peligro que representan las trayectorias contemporáneas de políticas de modernización y proliferación. Finalmente, hemos visto demasiado impulso humano hacia la guerra y la violencia para creer que la guerra puede borrarse de nuestro

medio.

Pero como personas de fe, en nuestro núcleo damos testimonio del poder de la esperanza, que es tan esencial en el impulso religioso mismo. La esperanza no es la creencia de que todo sale bien. Es la convicción de que en nuestros momentos de mayor necesidad la gracia nos rodeará y nos ayudará a salir adelante. Debemos llevar esta misma esperanza al futuro de las armas nucleares y al de la guerra misma. Porque al final, las comunidades religiosas de este mundo tienen una capacidad única para desafiar el determinismo que tan a menudo caracteriza la política exterior y los debates sobre los sistemas de armas. Tenemos el poder de desafiar suposiciones falsas y fáciles. Tenemos las herramientas para llamar a nuestras sociedades a mirarse más profundamente a sí mismas y al mundo que están creando para sí mismas y para las generaciones futuras.

El terrible poder de este octogésimo aniversario radica en su capacidad para enfrentar a toda la humanidad con la posibilidad de la catástrofe futura que el mundo no desea ver ni reconocer. Parte de esa ceguera surge de la incapacidad de ser realmente profundos en la discusión sólida que debemos tener como comunidad humana.

Las comunidades religiosas pueden aportar esa profundidad a nuestro diálogo. Al dar testimonio de la trascendencia, nos negamos a aceptar la miopía que niega la dignidad sagrada de la persona humana que no fue producida por el hombre ni es validada por el hombre. En nuestra amistad en la fe, construimos los lazos de comunidad y nos negamos a aceptar cualquier significado superficial de la solidaridad que nos une. Con valentía hablamos liberados de muchas de las restricciones que atan a los líderes en otras dimensiones de la sociedad civil y, en el mejor de los casos, constituimos un testimonio verdaderamente profético para nuestro mundo atormentado. Y en medio de la

esperanza, nos negamos a asignar el peligro nuclear y el futuro de la guerra a un determinismo fatalista, sino que gritamos: ¡No tiene por qué ser así!

La fe de las comunidades religiosas de todo el mundo no es una luz lateral para la construcción de nuestro futuro nuclear. Por el contrario, tienen una singular capacidad para desafiar el odio y el tribalismo, forjar la solidaridad y reflejar los elementos centrales de la pieza sustantiva. Este es el desafío y la misión que debemos asumir si nuestro mundo quiere evitar una nueva generación de Hibakusha, una aún más devastada que los héroes a quienes honramos hoy.